

## DE UN DIARIO

ÁLVARO VALVERDE



La mañana habría sido como todas.  
La visita anunciada, una de tantas  
que vienen a romper de vez en cuando  
el apacible ritmo en el que vivo.  
Él sería también uno entre muchos  
dispuestos a contarme qué les pasa.  
No comprendo por qué me hacen partícipe  
de problemas tan íntimos  
si muy mucho se cuidan  
que sólo a ellos afecten.  
He observado —ya saben,  
la primera impresión es la que cuenta—  
que a diferencia de los otros  
éste apenas hablaba.  
Esa disposición para la escucha  
no es habitual entre escritores.  
La inútil verborrea  
encubre casi siempre una carencia  
penosa de verdades.  
Se mantuvo en silencio. Fue enunciando  
más tarde sus preguntas.  
Hablamos de múltiples cuestiones.  
A los dos nos preocupan,  
como es obvio,  
materias casi idénticas;  
la poesía, ante todas.  
Cuando tuve

la edad que él tiene ahora,  
ya había comprendido  
que sólo en soledad se alcanza, acaso,  
la última razón de las palabras.  
Él entendió al verme  
que unos pocos libros,  
una casa pequeña y en el campo  
(sólo aquí hay experiencia  
de estar solo), que un bosque  
en el linde y abedules  
(aquellos que oscilaban irisados  
en mi antiguo poema), son bastante  
para esperar, acorde, la llamada.  
De él he aprendido la limpia claridad  
del hombre inmóvil, del que conoce  
la potencial capacidad de transformarse  
en un cacto, en un árbol o una piedra.  
Es alguien que no teme  
decir en alta voz que las palabras  
de todos los poetas de la tierra  
no valen lo que vale  
el sonido del agua.  
Al bajar —él de espaldas— la colina,  
recordé de repente esa sentencia  
que al parecer se me atribuye:  
“Toda verdad —me dije— es un diálogo”. *es*